PRESENCIA

TOTALITARIA

"La Nación" en su editorial del 17.IV.50, escribe: "La doctrina que sustenta la formación de educadores como una función exclusiva del Estado prevalece en la mayor parte de los países europeos y americanos y debiera ser indeclinable en un pueblo como el nuestro, donde la educación popular y la segunda enseñanza trabajan en primer término para asegurar la unidad espiritual de la Nación".

Si se hubiera propuesto "La Nación" dar una fórmula precisa y perfecta del totalitarismo, no la hubiera hallado más cumplida. Porque, en efecto, hacer de la educación una función exclusiva del Estado y afirmar que la enseñanza trabaja en primer término para asegurar la unidad espiritual de la nación es hacer del hombre, del individuo humano o persona humana, algo entregado a la suerte del Estado.

"La Nación" acaba de documentar su totalitarismo. Totalitarismo libertario, si se quiere, pero totalitarismo. Porque no sólo es totalitario un Estado cuando educa para la servidumbre y no para la libertad sino cuando se arroga el derecho originario de educar como si el hombre fuese cosa del Estado. Porque concedido que ése sea un derecho originario del Estado, nadie ni nada podrá luego evitar que eduque, de acuerdo a su criterio y antojo, en un totalitarismo nazi, comunista o libertario.

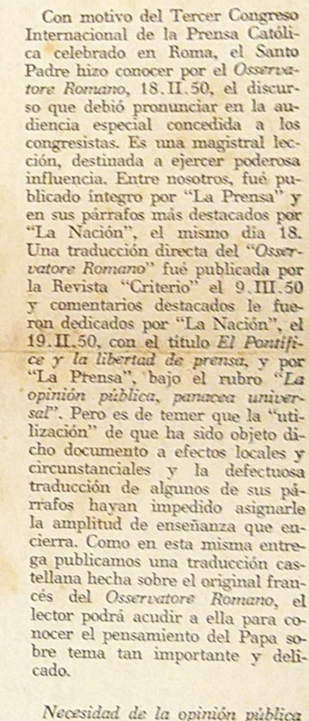
En realidad, no se supera verdadera y eficazmente el totalitarismo sino cuando se reconoce en el hombre, en el hombre individual físico, derechos naturales inviolables, anteriores al Estado y a los que debe éste tutelar, derecho a la existencia, derecho a la subsistencia, derecho a seguir el camino de la verdad y del bien.

El positivismo jurídico de cuño liberal de que adolece "La Nación", la empuja irremisiblemente, cuando se llega al fondo de cualquier cuestión que verdaderamente interesa al hombre, a incurrir en doctrinas totalitarias. Así lo señala certeramente el Papa en el discurso sobre la prensa que reproducimos en esta misma entrega. Tome nota "La Nación" que se esmeró en subrayar la defensa de las justas libertades que se hace en aquel discurso.

Presencia



PRENSA LIBRE



Con motivo del Tercer Congreso Internacional de la Prensa Católica celebrado en Roma, el Santo Padre hizo conocer por el *Osservatore Romano*, 18.II.50, el discurso que debió pronunciar en la audiencia especial concedida a los congresistas. Es una magistral lección, destinada a ejercer poderosa influencia. Entre nosotros, fué publicado íntegro por "La Prensa" y en sus párrafos más destacados por "La Nación", el mismo día 18. Una traducción directa del "*Osservatore Romano*" fué publicada por la Revista "Criterio" el 9.III.50 y comentarios destacados le fueron dedicados por "La Nación", el 19.II.50, con el título *El Pontífice y la libertad de prensa*, y por "La Prensa", bajo el rubro "*La opinión pública, panacea universal*". Pero es de temer que la "utilización" de que ha sido objeto dicho documento a efectos locales y circunstanciales y la defectuosa traducción de algunos de sus párrafos hayan impedido asignarle la amplitud de enseñanza que encierra. Como en esta misma entrega publicamos una traducción castellana hecha sobre el original francés del *Osservatore Romano*, el lector podrá acudir a ella para conocer el pensamiento del Papa sobre tema tan importante y delicado.

Necesidad de la opinión pública

Constituyó el tema del discurso del Santo Padre el mismo que adoptó el Congreso de la Prensa Católica con el siguiente enunciado: "La Prensa Católica al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz". Podemos resumir el discurso en estos conceptos: *La ausencia de la opinión pública* es una enfermedad de la vida social no sólo en el caso de que su inexistencia se deba a una fuerza exterior sino sobre todo cuando se debe a la falla de los presupuestos interiores que deben encontrarse en los hombres que viven en una comunidad. La Prensa Católica puede prestar grandes servicios a la opinión pública "no para dictarla

AÑO II - Nº. XXVII

o regentearla sino para servirla útilmente". "Esta concepción de la opinión pública, dice el Papa, de su funcionamiento y de los servicios que le proporciona la prensa, es justa y necesaria para mostrar a los hombres el camino de la verdad, de la justicia y de la paz". Termina el discurso con una palabra sobre la necesidad de la opinión pública en el seno mismo de la Iglesia en las materias dejadas a la libre discusión y con un homenaje a los grandes servidores de la prensa católica.

El párrafo central del discurso del Papa es aquel en que hace de la opinión pública una cosa propia de toda s o c i e d a d normalmente constituída. *L'opinion publique est, en effet, l'apanage de toute société normale composée d'hommes qui, conscients de leur conduite personnelle et sociale, sont intimement engagés dans la communauté dont ils sont les membres.* Por lo mismo que la opinión pública es una "prerrogativa" de toda sociedad normal, como traduce el "Osservatore Romano" en la versión italiana del discurso del Papa que trae en su edición del 24.II.50, se sigue que "allá donde no apareciese ninguna manifestación de la opinión pública, allá sobre todo donde habría que verificar su real inexistencia, cualquiera fuera la razón con la que se explique su mutismo o su ausencia, habría que ver un vicio, una debilidad, una enfermedad de la vida social".

De las palabras del Papa se sigue a las claras que toda sociedad normalmente constituída debe tener "opinión pública", vale decir, debe tener expresión de sí misma. Y con justa razón. Porque una sociedad política no es un mero conglomerado sino una *ordenación* de hombres en la cual, manteniendo cada uno de ellos la riqueza varia y compleja de su personalidad, se integran en un todo que no es sino la armonización de esa misma riqueza. Ese todo, decían los antiguos —y Santo Tomás lo explica comentando a Aristóteles— es un todo con *unidad de orden*, esto es, un todo que, aunque específicamente distinto de cada una de sus partes y cualitativamente más rico que cada una de ellas, se forma con la actuación plena y autónoma de cada una de ellas. Ese todo de la sociedad política es una realidad plenamente humana. Porque abarca todas las actividades de los hombres en sus diversas situaciones de persona, familia, profesión, cultura, con el propio, autónomo y pleno movimiento de cada uno y las jerarquiza en una unidad de vida que contiene y expresa en unidad esa misma variada complejidad de los hombres.

Cuando en una sociedad, esa compleja actividad interna que ha de constituirle se desenvuelve en la plenitud de su propio desarrollo interno, no puede dejar de aflorar *su expresión*, no puede entonces estar ausente *la opinión pública*. Y, por el contrario, cuando esta *opinión pública* está ausente, cuando una sociedad no logra *expresarse*, es porque alguna anomalía traba su desarrollo vital. Como dice el Papa, "la opinión pública es, al fin de cuentas, el eco natural, la resonancia común, más o menos espontánea de los acontecimientos y de la situación actual en sus espíritus y en sus juicios".

Aunque sea completamente falso lo que traduce y comenta "La Prensa", 28.II.50, de que la opinión pública sea panacea universal, es cierto que en una sociedad normal no puede estar ausente esta nota característica de su salud.



La opinión pública trabada

Cuando la opinión pública se hace inexistente, señal es de que el conglomerado social no funciona con la libertad de sus movimientos propios. ¿A qué atribuir esta falla?

El Santo Padre se refiere al caso en que esta falla está determinada por la coacción ejercida por el abuso de la autoridad pública. Y así escribe textualmente:

"Evidentemente, no nos referimos al caso en que la opinión pública se calla en medio de un mundo en el que hasta la justa libertad es desterrada, y en donde sólo dejan oír su voz la opinión de los partidos que detentan el poder, o la de los jefes o de los dictadores. Acallar la opinión de los ciudadanos, reducirla a un silencio forzoso es para todo cristiano, atentar contra el derecho natural del hombre y violar el orden del mundo tal como Dios lo ha establecido".

Con este párrafo tan logrado, pinta el Pontífice uno de los más terribles males de la vida moderna es a saber, cuando una fracción, aunque principalísima de la sociedad —el poder público o Estado— se apodera de toda la sociedad y quiere representarla totalmente. Es claro que la sociedad política, que se constituye de múltiples, heterogéneas y jerarquizadas partes, con poder de autonomía en su ser y expresión cada una de ellas, ha de descoyuntarse en su misma íntima realidad si una de ellas, aunque fuere muy principal, intentare absorber o suplantar a todas las otras. Sería esto, como dice el Pontífice, un atentado contra el derecho natural y una violación del orden del mundo; ya que el hombre integra la sociedad en virtud de una imprescriptible exigencia de su naturaleza nacional, pero la integra como parte activa y viva que no puede ser manejada como un mero instrumento.

Pero si la suerte de la opinión pública está ligada a la de la sociedad, puede, al igual que ésta, estar en falla no sólo porque una fuerza externa interviene y la traba sino porque las fuerzas internas de la sociedad defeccionan en su misma condición interna. O sea que, sin que ningún poder externo intervenga, no alcanza a formarse *una auténtica opinión pública* porque faltan los resortes interiores que deben encontrarse en los hombres que viven en sociedad. "Lo que se llama hoy opinión pública —dice el Pontífice— no tiene frecuentemente más que el nombre, un nombre vacío de sentido, algo como un vago rumor, una impresión ficticia y artificial; nada de un eco espontáneo de la sociedad y emanando de ella".

El Santo Padre se refiere aquí a las modernas sociedades que se enorgullecen de llamarse y de sentirse libres y afirma que en ellas no hay auténtica opinión pública. ¿Cómo, pudiera alguno preguntar, no son libres si en ellas la opinión resulta en forma natural del conglomerado social a través de su prensa libre, de sus asociaciones y partidos políticos y de sus diversos órganos culturales y comerciales? Sí, sin duda, en estas sociedades existe alguna libertad, pero libertad *aparente*, porque ese conglomerado social se halla prisionero de los intereses comerciales, nacionales e internacionales, que manejan la prensa y la radio e instrumentan los partidos políticos, y que alzan su voz, como si fuera la única voz de la sociedad. El Santo Padre se lamenta de que no haya "hombres profundamente penetrados del sentido de su responsabilidad y de su estrecha solidaridad con el medio en que viven". Y achaca la culpa de ello a que "no hay ya tradición, ni hogar estable, ni seguridad de la existencia ni nada subsiste de lo que habría podido impedir la obra de la disgregación y destrucción" y, en cambio, existe en su lugar, "el abuso de la fuerza de las gigantescas organizaciones de masas, las cuales, apresando al hombre moderno en su engranaje complicado, sofocan sin dificultad toda espontaneidad de la opinión pública y la reducen a un conformismo ciego en lo que respecta a sus pensamientos".

El Papa llega a la raíz del mal y la descubre en el hombre moderno. "El hombre moderno, dice, gusta de las actitudes independientes y desenvueltas. Estas actitudes no son, muy a menudo, otra cosa que una fachada detrás de la cual se amparan pobres seres, vacíos, cobardes, sin energía p a r a desenmascarar la mentira, sin fortaleza espiritual para resistir la violencia de quie-

HOMBRE DEL

Buscándote, buscando
la presencia de Dios entre los linos,
te quedarás domando,
te quedarás poblando
la chacra de unos ojos campesinos.

Te dieron por paisaje
un ñandubay en flores, un olvido
y un sencillo coraje.
En tu oscuro celaje
te alumbras con un cardo florecido.

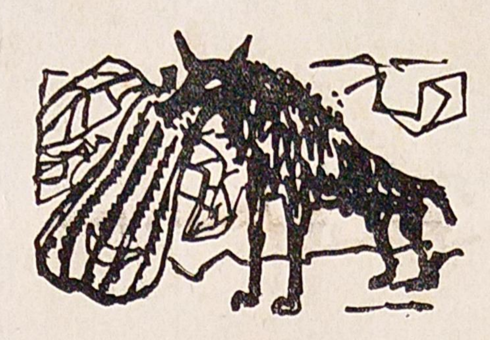
Prende fuego en las muelas
de tu caballo. Blanco de rocíos
te nublas y te hielas.

nes se muestran hábiles para poner en movimiento todos los resortes de la técnica moderna, todo el arte refinado de la persuasión a fin de despojarlos de su libertad de pensamiento, haciéndolos semejantes a esos frágiles "juncos agitados por el viento" (Mt. XI, 7).

Esta parte del discurso pontificio evoca aquel fuerte párrafo del mensaje natalicio sobre el Año Santo cuando señala el Pontífice que "la alteración de los designios de Dios se ha operado en la raíz misma, deformando la divina imagen del hombre. A su real figura de creatura que tiene origen y destino en Dios ha sido substituído el falso retrato de un hombre autónomo en su conciencia, legislador incontrolable de sí mismo, irresponsable para con sus semejantes y para con el grupo social, sin otro destino fuera de la tierra, sin otro objetivo que gozar de los bienes finitos, sin otra ley que la del hecho consumado y de la satisfacción indisciplinada de sus deseos. De aquí ha salido, prosigue el Papa, y se ha fortificado durante lustros enteros, en las más variadas aplicaciones de la vida pública y privada, este orden excesivamente individualista que está en crisis en todas partes".

La palabra del Papa entre nosotros

De la lectura tranquila y completa del discurso del Papa surge claramente cómo todo él está destinado a denunciar el mal profundo de las sociedades contemporáneas, alteradas en sus propias y más profundas raíces por la acción disolvente de lo que por antonomasia se llama *mundo moderno*.



Qué haya de entenderse por *mundo moderno* nos lo declara el mismo Papa cuando en su alocución de la última Navidad, dice: "El mundo moderno en la manera misma cómo ha tentado de sacudir el yugo suave de Dios ha por lo mismo rechazado el orden por Él establecido, y con el mismo orgullo del Angel rebelde al comienzo de la creación, ha pretendido establecer otro a su gusto". De esta desviación primera y fundamental han de brotar como de raíz los otros errores, entre los cuales aparecen, en el plano político, los dos errores gemelos del individualismo y totalitarismo, a que alude, explícitamente, Pío XII en sus recientes documentos.

Y aquí surge esta cuestión que es impostergable en las discusiones contemporáneas. ¿Cuál de estos dos males que aquejan a nuestras sociedades ha de considerarse más profundo y pernicioso? Y para ceñirnos a estos dos males expresados en el problema de la opinión pública, ¿qué ha de considerarse más pernicioso, el de la opinión pública ausente y muda por la coacción de un dictador o el de la misma opinión pública ausente y muda porque fallan los resortes interiores de la sociedad?

Si leemos la traducción que trae *La Prensa*, 18-2-50, y *Criterio* 9-3-50, si leemos los comentarios de *La Prensa*, 28-2-50, y de *La Nación*, 19-2-50, se sigue que el principal y casi único mal lo constituye la opinión pública ausente por la coacción dictatorial. En efecto; traduce así *Criterio*, el párrafo que sigue a continuación de aquel en que pinta el Papa el atropello de los dictadores. "¡Situación lamentable! Tan deplorable y acaso más funesta todavía en razón de sus consecuencias, que aquella de los pueblos en que la opinión pública permanece muda no por estar trabada por una fuerza exterior, sino porque faltan resortes interiores que deben encontrarse en los hombres que viven en sociedad". Pero el original francés no admite traducción tan antojadiza. Leemos en efecto: "Situation lamentable! Tout aussi déplorable et, peut être, plus funeste encore par ses conséquences, est celle des peuples où l'opinion publique reste muette, non parce qu'elle est bâillonnée par une force extérieure, mais parce que font défaut ses presupposés intérieurs, qui doivent se trouver dans les hommes vivant en communauté".

Y es claro que esta es la única versión aceptable. Porque aunque, bajo cierto aspecto, el totalitarismo moderno pueda aparecer más funesto que el individualismo en cuanto presenta acentuados y agravados los males del individualismo, sin embargo, si se reflexiona con profundidad como lo hace el Pontífice, se llega a la conclusión de que el monstruoso error del totalitarismo nace, de derecho y de hecho, de la disolución en que ha sumido a las sociedades el otro mal, más profundo, del individualismo liberal. Porque cuando se ha proscrito el concepto de *ley eterna ordenadora*, cuando se ha rechazado el concepto de *ley natural* como fundamento que funda y justifica toda ordenación positiva justa, ¿qué otra cosa queda que la voluntad humana, de la multitud o de un tirano, que a su antojo establece lo que se puede hacer o lo que no se puede hacer?

Y para ceñirnos al problema de la opinión pública, ¿cuándo surge un dictador que hace oír su voz como si fuera la única voz que puede levantarse en la sociedad, cuándo surge, preguntamos, sino después que el proceso individualista liberal ha destruído todas las estructuras orgánicas del cuerpo social? ¿No es acaso la ley constante de las modernas sociedades que el totalitarismo aparezca como el *único remedio* a la disolución que ha producido en ellas el individualismo?

El individualismo es entonces un mal más profundo que el totalitarismo, porque es su raíz y causa. Por esto, el totalitarismo que se presenta como un fenómeno de *masificación mecánica de individuos*, no se da sino cuando antes se ha producido el fenómeno de disgregación individualista de las estructuras orgánicas y vivas de una sociedad. Pero por lo mismo que el totalitarismo supone el fenómeno previo de disgregación individualista es, en cierta manera, más temible y funesto que el individualismo en estado de disgregación, por cuanto, al masificar a los individuos disgregados, al totalizarlos en una compacta y gigantesca masa, utiliza de manera organizada las fuerzas maléficas del individualismo. La experiencia de los últimos años revela de manera concluyente cómo, bajo este aspecto, el totalitarismo es más temible y funesto que el individualismo.

Surge aquí una última cuestión. No hay duda que nuestro periodismo ha destacado el párrafo del discurso del Papa que se refiere a "le cas où l'opinion publique se tait dans un monde d'où même la juste liberté est bannie et où, seule, l'opinion des chefs ou des dictateurs est admise à faire entendre sa voix". Y ¿qué opina *Presencia*, se nos puede preguntar, de estas palabras con referencia a la situación argentina, sobre todo con referencia a la situación creada últimamente con la actuación de la comisión bicameral? Y a esto hemos de responder que los hechos están a la vista y hablan por sí solos. En primer lugar, sabido es que el artículo 25 de la Constitución en vigor prohibe que el Congreso dicte leyes que "restrinjan la libertad de imprenta o establezcan sobre ella la jurisdicción federal". Por otra parte, es público y notorio que dicha Comisión Bicameral, invocando poderes de ambas Cámaras, interviene diarios y publicaciones desde hace varios meses en todo el territorio de la república. Es claro que esta actuación no condice con la justa libertad de opinión, de que habla el Pontífice, y que ha sido sancionada por nuestra Constitución.

En fin; sea que nos coloquemos en el terreno de la justicia, como hace el Papa, sea que nos coloquemos en el de la mera utilidad pública y al margen de la justicia, como podría aconsejar Maquiavelo, en uno y otro caso nada más fuerte para un buen gobierno que contar con la fortaleza que sólo nace de la auténtica opinión pública.

PRESENCIA

LITORAL

Aprieta las espuelas
entre arroyos que nunca serán ríos.

Míralos olvidados
arrojando a la tarde sus latidos,
mírate los costados:
lloran hombres callados
en la tierra con álamos crecidos.

Toma la espina, toma
la vida que te ciñe por completo,
la luz de la paloma
cuando vuela o se asoma,
la tierra que te busca el esqueleto.

FERMÍN CHÁVEZ.



EL DISCURSO DEL PAPA

El Santo Padre se proponía pronunciar un discurso, en la audiencia especial concedida a los participantes al Tercer Congreso Internacional de la Prensa Católica, que tuvo lugar en febrero del corriente año; pero hallándose indispuesto, entregó dicho discurso al "Osservatore Romano". *Reproducimos a continuación una versión castellana.* (*N. de la R.*).

La importancia de la prensa católica que vosotros, amadísimos hijos, representáis en este Congreso internacional, y la gravedad de los problemas propuestos a vuestra consideración Nos han llevado a apartarnos, a fin de recibiros, de la norma que, muy a pesar Nuestro, hemos debido imponernos durante todo este Año Santo: la de limitar, y muy a menudo hasta suspender Nuestros discursos y alocuciones. Pero, no podíamos, en esta circunstancia, dejar de aportar nuestro grano de arena al importantísimo objeto de vuestra reunión, tan vasto como sugestivo: la Prensa católica al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz.

Y es en consideración a uno de los aspectos capitales del asunto que Nos hemos juzgado oportuno entregar a vuestras meditaciones, algunos principios fundamentales concernientes a la misión de la Prensa católica frente a la opinión pública. Pues ésta se encuentra en el primer plano de los que contribuyen a la formación y difusión de dicha Prensa.

Porque, en efecto, la opinión pública es la prerrogativa de toda sociedad normal, compuesta de hombres que, conscientes de su conducta personal y social, se hallan íntimamente vinculados en la comunidad de que forman parte. Ella es, en último término, el eco natural, la resonancia común y más o menos espontánea, de los acontecimientos y de la situación actual del espíritu y juicio de los hombres de esa sociedad.

Cuando en la vida de una sociedad no llegara a percibirse manifestación alguna de opinión pública; cuando, sobre todo, se llegara a comprobar su real inexistencia, sea cual fuere la razón de ese mutismo y de esa ausencia, debe considerarse esa situación como un vicio, una debilidad, una enfermedad de la vida social.

Evidentemente, no nos referimos al caso en el que la opinión pública se calla en medio de un mundo en el que hasta la justa libertad es desterrada, y en donde sólo dejan oír su voz la opinión de los partidos que detentan el poder, o la de los jefes o de los dictadores. Acallar la opinión de los ciudadanos, reducirla a un silencio forzoso es, para todo cristiano, atentar contra el derecho natural del hombre y violar el orden del mundo tal como Dios lo ha establecido.

¿Quién no adivina las amarguras, la desazón moral que engendra en la conciencia de los periodistas tal estado de cosas? En verdad, Nos teníamos la esperanza de que las extremadamente duras experiencias del pasado servirían al menos de lección para liberar definitivamente la sociedad de tan escandalosa tiranía, poniendo fin a un ultraje tan humillante para los periodistas y sus lectores. Sí, habíamos esperado esto con no menos ansia de lo que vosotros lo esperábais, por eso Nuestra decepción no ha sido menos amarga que la vuestra.

¡Lamentable situación! Tan deplorable y, acaso, más funesta todavía por sus consecuencias, es la condición de los pueblos en que la opinión pública permanece muda, no porque se halle amordazada por una fuerza exterior, sino porque faltan los resortes interiores que deben encontrarse en los hombres que viven en comunidad.

Como ya dijimos, en la opinión pública reconocemos un eco natural, una resonancia común, más o menos espontánea, de hechos y de circunstancias en el espíritu y en el juicio de quienes se sienten responsables y estrechamente ligados al destino de su comunidad. Nuestras palabras indican también el porqué la opinión pública se forma y se expresa tan difícilmente. Pues lo que hoy se llama opinión pública, no tiene de ésta más que el nombre, nombre vacío de sentido, algo así como un vago rumor, una impresión facticia y superficial; nada semejante al eco espontáneo que se despierta en la conciencia de la sociedad y que emana de ella.

Pero, ¿dónde buscar hombres profundamente penetrados del sentido de su responsabilidad y de su estrecha solidaridad con el medio en que viven? No más tradiciones, no más estabilidad de los hogares, no más seguridad en la existencia, en una palabra, nada de todo aquello que hubiese podido detener la obra de disgregación y, demasiado a menudo también, de destrucción. Agregad a esto el abuso de la fuerza de esas gigantescas organizaciones de masas que, apresando al hombre moderno dentro de sus complicados engranajes, ahogan sin mayor esfuerzo toda espontaneidad de opinión pública y la reducen a un conformismo ciego y dócil en los pensamientos y en los juicios.

¿Es que no habrá, por ventura, en esas naciones desdichadas, hombres dignos de su condición de tales? ¿Hombres marcados con el sello de una verdadera personalidad, capaces de hacer efectiva la vida interna de la sociedad? ¿Hombres que, a la luz de los principios fundamentales de la vida y de sus arraigadas convicciones, sepan contemplar a Dios, el mundo y todos los acontecimientos, grandes o pequeños, que en él se suceden? Tales hombres, debido a la rectitud de sus juicios y de sus sentimientos, parecería que deberían poder edificar, piedra por piedra, el sólido muro sobre el cual la voz de los acontecimientos, al chocar sobre él, se reflejaría en un eco espontáneo. Existen sin duda tales hombres, demasiado poco numerosos, por desgracia, y cada vez más raros a medida que son suplantados por individuos escépticos, gastados, indiferentes, sin firmeza de voluntad ni de carácter, juguetes de quienes dominan la situación.

El hombre moderno gusta de las actitudes independientes y desenvueltas. Estas actitudes no son, muy a menudo, otra cosa que una fachada detrás de la cual se amparan pobres seres, vacíos, cobardes, sin energía para desenmascarar la mentira, sin fortaleza espiritual para resistir la violencia de quienes se muestran hábiles para poner en movimiento todos los resortes de la técnica moderna, todo el arte refinado de la persuasión a fin de despojarlos de su libertad de pensamiento, haciéndolos semejantes a esos frágiles "juncos agitados por el viento". (Mat., 11, 7).

¿Quién se atrevería a asegurar que la mayoría de los hombres se halla en condiciones de juzgar, de apreciar los hechos y las ideas en su verdadera significación, de tal suerte que la opinión fuese guiada por la razón? Sin embargo,, es esta una condición *sine qua non* de su exactitud y de su valor.

Esta manera, la única legítima, de juzgar hombres y cosas según reglas claras y principios justos, ¿no la vemos repudiada como una traba a la espontaneidad, en tanto que, en revancha, el impulso y la reacción sensitiva del instinto y de la pasión son considerados como los únicos "valores vitales"? Bajo el imperio de este prejuicio, muy poca cosa subsiste de la razón humana y de su fuerza de penetración en la inextricable malla de la realidad. Los hombres de recto criterio no cuentan; sólo quedan aquellos cuyo campo visual no se extiende más allá de los límites de su estrecha especialidad, ni sobrepasa la capacidad puramente técnica. No es por cierto de estos hombres de quienes se puede, ordinariamente, esperar la educación de la opinión pública, ni la firmeza frente a la astuta propaganda que se arroga el privilegio de forjarla a su antojo. En este terreno, los hombres animados por un espíritu cristiano, sencillo, recto, pero claro, aunque la mayoría de las veces sin profundos estudios, les son muy superiores.

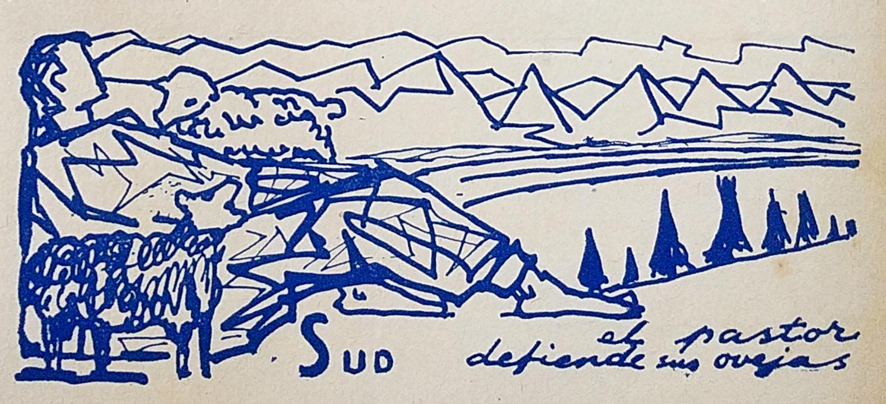
Los hombres en quienes debiera recaer el papel de orientar e ilustrar a la opinión pública, se ven a menudo, unos por mala voluntad o por insuficiencia, otros por imposibilidad o por coacción, en desairada posición para cumplir con esta tarea libre y acertadamente. Esta desfavorable situación afecta en particular a la Prensa católica en su acción al servicio de la opinión pública. Pues todas las deficiencias, las incapacidades de que Nos acabamos de hablaros, nacen de la violación de la organización natural de la sociedad humana tal como Dios la ha establecido, y por la mutilación del hombre que, formado a la imagen de su Creador y dotado por El de inteligencia, fué puesto en el mundo para ser su dominador, dominador imbuído de la verdad, dócil a los preceptos de la ley moral, del derecho natural y de la doctrina sobrenatural contenida en la revelación de Cristo.

Dada tal situación, el mayor mal para el publicista católico sería la pusilanimidad y el abatimiento. Mirad la Iglesia: desde hace casi dos milenios y a través de toda clase de dificultades, jamás se ha dejado deprimir por las contradicciones, las incomprensiones, las persecuciones abiertas o solapadas. Tomad a ella por modelo, y en los lamentables fracasos que Nos acabamos de señalaros, ved el doble cuadro de lo que no debe ser y de lo que debe ser la Prensa católica.

En toda su manera de ser y de obrar, debe ella oponer un muro infranqueable al retroceso progresivo, a la desaparición de las condiciones fundamentales de una sana opinión pública, consolidando y apuntalando lo que de ella quede. Que renuncie de buen grado a las vanas ventajas de un interés vulgar o de una popularidad de mala ley; que sepa mantenerse con una enérgica y altiva dignidad, inaccesible a todas las tentativas directas o indirectas de corrupción; que tenga la valentía de proscribir implacablemente de sus columnas, aún a costa de sacrificios pecuniarios, todo anuncio, toda publicidad que ultraje a la fe o a las buenas costumbres. Haciendo esto, ganará en valor intrínseco, acabará por conquistar la estimación, después la confianza, y justificará el lema tan a menudo repetido: "Para cada hogar católico, el diario católico".

Pero, aún suponiendo un ambiente lo más favorable posible a las condiciones externas e internas en las cuales la opinión pública se desarrolla y se propaga, ésta no es, empero, infalible, ni siempre absolutamente espontánea. La complejidad o la novedad de los acontecimientos y de las situaciones pueden ejercer marcada influencia sobre su formación, sin contar el hecho de que ella no se libera fácilmente, sea de los prejuicios, sea de las ideas en boga, aún en el caso en que la reacción fuese objetivamente justificada, o se impusiera. En este terreno es donde la Prensa tiene un papel eminente que desempeñar en la educación de la opinión, no para dictarla o regentearla, sino para servirla útilmente.

Esta delicada tarea supone, en los miembros de la Prensa católica, en los periodistas católicos, competencia, cultu-





ra general, sobre todo filosófica y teológica, dotes de escritor y tacto psicológico. Pero lo que ante todo les es indispensable, es el carácter, vale decir, simplemente el amor profundo y el respeto inalterable al orden divino, que abraza y anima todos los sectores de la vida; amor y respeto que el periodista católico no debe contentarse con sentir y alimentar en el secreto de su corazón, sino que debe cultivar también en el de sus lectores. En ciertos casos, esa llama resplandeciente bastará para iluminar o reavivar en ellos la chispa casi muerta de convicciones y de sentimientos que dormían en el fondo de su conciencia. En otros, su amplitud de miras y de juicio podrá abrir ojos demasiado tímidamente clavados sobre prejuicios tradicionales. Tanto en un caso como en otro, se cuidará bien de "forjar" la opinión; sino que tratará de hacer algo mejor que esto; su ambición será servirla.

Nos, creemos que esta concepción católica de la opinión pública, de su funcionamiento y de los servicios que le presta la Prensa, es plenamente justa y necesaria para despejar a los hombres, conforme a vuestro ideal, el camino de la verdad, de la justicia, de la paz.

De esta suerte la Iglesia, por su actitud ante la opinión pública, se levanta como una barrera frente al totalitarismo que, por su misma esencia, es necesariamente enemigo de la verdadera y libre opinión de los ciudadanos.

De hecho, es por su misma naturaleza que el totalitarismo reniega de este orden divino y de la relativa autonomía que este reconoce en todos los dominios de la vida, en cuanto todos tienen su origen en Dios.

Esta oposición se ha puesto nuevamente de manifiesto en ocasión de dos discursos en los que Nos dedicamos a poner de relieve la posición del juez frente a la ley. Nos referíamos entonces a las normas objetivas del derecho, del derecho divino natural que garantiza en la vida jurídica de los hombres, la autonomía requerida por una viviente y segura adaptación a las condiciones reinantes. Que los totalitaristas no nos hayan comprendido, ellos, para quienes la ley y el derecho no son más que instrumentos en manos de los círculos dominantes, era algo que esperábamos. Mas comprobar idénticos malentendidos por parte de ciertos medios que, de tiempo atrás, se habían erigido en los campeones de la concepción liberal de la vida y que habían condenado a hombres por el solo hecho de sus vinculaciones con leyes y con preceptos contrarios a la moral, he aquí lo que no puede menos de sorprendernos. Porque, que el juez, al pronunciarse, se atenga a la ley positiva y se vea obligado a interpretarla fielmente, no hay en esto nada de incompatible con el reconocimiento del derecho natural, más aún, constituye una de sus exigencias. Pero lo que legítimamente no puede admitirse es que esa atadura sea hecha exclusivamente por el acto del legislador humano, de quien procede la ley. Pues sería reconocer a la legislación positiva una falsa majestad que en nada diferiría de la que el racismo o el nacionalismo atribuían a la producción jurídica totalitaria, la cual pisotea los derechos naturales de las personas físicas y morales. También aquí la Prensa católica tiene la misión de expresar en fórmulas claras el pensamiento confuso, vacilante, del pueblo, amedrentado ante el mecanismo moderno de la legislación positiva, mecanismo peligroso desde el momento en que se deje de ver en esta última una derivación del derecho divino natural.

Esta concepción católica de la opinión pública y del servicio que le presta la Prensa, es también una sólida garantía de paz. Ella toma partido por la justa libertad de pensamiento y por el derecho de los hombres a tener su juicio propio, pero los considera a la luz de la ley divina. Lo cual quiere decir que, quienquiera desee ponerse lealmente al servicio de la opinión pública, ya sea la autoridad social o la misma prensa, debe proscribir absolutamente de sus filas toda mentira y toda excitación. ¿No es evidente que semejante disposición de espíritu y de voluntad reaccionan eficazmente contra el clima de guerra? Por el contrario, desde el momento en que la pretendida opinión pública es dictada, impuesta, de grado o por fuerza; desde el instante en que las mentiras, los prejuicios partidistas, los artificios de estilo, los efectos de la voz y de los gestos, la explotación del sentimiento, tornan ilusorio el justo derecho de los hombres a tener su propio juicio, sus propias convicciones, entonces, se crea una atmósfera pesada, malsana, ficticia, la cual, de improviso, en el transcurso de los acontecimientos sofoca o adormece a esos mismos hombres tan fatalmente como lo hacen los odiados procedimientos químicos hoy demasiado conocidos, obligándolos a entregar sus bienes y su sangre por la defensa y el triunfo de una causa errónea e injusta. En verdad, ahí en donde la opinión pública cesa de expresarse libremente, la paz está en peligro.

Por último, querríamos agregar algunas palabras referentes a la opinión pública en el seno mismo de la Iglesia (naturalmente, esta opinión pública sólo tiene cabida en las materias dejadas a la libre discusión). Sólo pueden extrañarse de esto quienes no conocen a la Iglesia, o la conocen mal. Porque, a fin de cuentas, ella es un cuerpo viviente, y algo faltaría a su vida si la opinión pública no existiera, inexistencia cuya culpa recaería sobre los Pastores y sobre los fieles. Más también aquí, la Prensa católica puede prestar muy útiles servicios. A este servicio, más que a cualquier otro, el periodista católico debe aportar el carácter de que hemos hablado, carácter hecho de inalterable respeto y profundo amor hacia el orden divino, es decir, en el caso presente, hacia la Iglesia tal como existe, no solamente en sus designios eternos, sino tal como ella vive concretamente aquí abajo en el espacio y en el tiempo, divina, claro está, pero formada por miembros y órganos humanos.

Si posee este carácter, el periodista católico sabrá preservarse, tanto de un mudo servilismo cuanto de una crítica sin control. Contribuirá eficazmente a la formación de una opinión católica en la Iglesia el día en que, como hoy, esta opinión oscile entre dos polos igualmente peligrosos: el de un espiritualismo ilusorio e irreal, y el de un realismo derrotista y materializante.

Alejada de ambos extremos, la Prensa católica deberá ejercer, entre los fieles, su influencia sobre la opinión pública en la Iglesia. Solamente así se podrá eludir todas las falsas ideas, ya por exceso, ya por defecto, sobre el papel y las posibilidades de la Iglesia en el dominio temporal y, en nuestros días sobre todo, en la cuestión social y el problema de la paz.

No queremos terminar sin volver nuestro pensamiento hacia tantos hombres verdaderamente grandes, honor y gloria del periodismo y de la prensa católica de los tiempos modernos. Desde hace más de un siglo, ellos se erigen ante nosotros como modelos de actividad espiritual; más aún, de sus filas han surgido hoy verdaderos mártires de la buena causa, confesores valientes en medio de las dificultades espirituales y temporales de la existencia. ¡Bendita sea su memoria! Que su recuerdo os sea un reconfortante y un estímulo en el cumplimiento de vuestro rudo pero ineludible deber.

Confiando en que, guiados por su ejemplo, cumpliréis fiel y exitosamente el vuestro, os damos de todo corazón, amadísimos hijos, Nuestra Bendición Apostólica.

Traducción del "*Osservatore Romano*", del 18 de febrero de 1950, por Manuel Ferreyra.

PRO Y CONTRA DEL GRINGO

Oímos a menudo que los males —o digamos los defectos— políticos que ha sufrido el país desde 1916 derivan de nuestra heterogeneidad, pues hay demasiados extranjeros y las antiguas virtudes patrióticas se han ahogado con la ola inmigratoria. ¿Será verdad o uno de los tantos lugares comunes con que se alimenta la desidia intelectual?

Situémosnos, por ejemplo, en el decenio 1880-1890, cuando recién comenzaba la gran avenida de ultramar y por lo tanto carecía aún de tiempo para cubrirnos con el aluvión y matarnos —como se pretende— el alma. Período del binomio Roca-Juárez Celman en que vivían casi todos los próceres de la era post-Caseros y a veces se enterraba algún supérstite de la Independencia. En ese entonces, me parece, todavía éramos argentinos auténticos, pues la excepción de Cárcano, Pellegrini y algún otro no hacía verano.

¿Gobernaba la "Gente Decente"? Mi tío Sixto, mitrista, decía que no, y lo demostraba escribiendo libros y editoriales contra el despilfarro, los negocios sucios y la incapacidad técnica. Sarmiento, sarmientista, sostenía que los congresales de 1886 eran "ilustres desconocidos". Pero en la acepción más amplia con que Narciso Hernández definió aquí en PRESENCIA (Nº 24, año 1949) a la Gente Decente, considerando el término sinónimo del genuino pueblo criollo, no hay duda que aquellos provincianos roquistas o juaristas representaban lo verdaderamente nacional; esto es, provenían del sector civilizado del vecindario nativo.

Eran incluso universitarios con ínfulas de "la Docta"; jóvenes al tanto de todas las novedades europeas: Conocían y practicaban en lo posible el anticlericalismo francés, equivalente en aquella Edad de la Inocencia al comunismo ateo; creían a pies juntillas en el liberalismo económico con cuyos argumentos británicos vendieron el Ferrocarril del Oeste (lo que era análogo, por su foránea modernidad, a las doctrinas anticapitalistas de hoy); recitaban de memoria los discursos de Castelar y demás masones de toda layas y



quedaban convencidos de que los Conquistadores sus abuelos eran bandidos excarcelados; la Inquisición un invento jesuítico y Felipe II tan abominable como ahora Mussolini; y por los periódicos se enteraban —e i m i t a b a n— los muy democráticos "affaires" de la "Troisième Republique". Estaban, en fin, realmente "a la page" en los movimientos mundiales y al mismo tiempo llenos de un dinamismo que creían constructivo y a veces lo era: miles de kilómetros de líneas férreas; cloacas de Obras Sanitarias; Aguas Corrientes, proyectos de puertos; creación de bancos garantidos, etc. y al campo llegaban los primeros molinos, que también parecían a los sonsos invento gubernamental.

Pero la inflación animaba toda esa actividad; el "unicato" resolvía, generalmente sin acierto, los problemas de gobierno y la adulación tendía su cortina de incienso sobre las vísperas del Noventa. Mientras los criollos verdaderos del considerable sector oficialista seguían pagándose de novedades y llenándose la boca con la alabanza de las últimas revolucionarias doctrinas del siglo Décimonono, la "South America" peyorativa de la irresponsabilidad; del desorden; del candor mezclado con picardía; de la improvisación; del macaneo y demás defectos surgidos desde que abandonamos el sistema y la conducción tradicional, se salía por todos los poros del progreso.

Pero casi nos olvidamos de los gringos, tema específico de este artículo. Lucía por aquel entonces un inmigrante idealizado por la pluma de los escritores antiespañoles y extranjerizantes; pluma al parecer de tinta indeleble y reacia a todas las experiencias. Pero la verdad es que los contraídos inmigrantes se guadañaban la vita sin tener ninguna ingerencia en aquel brillante y catastrófico barullo del decenio 1880-1890, y cumplían regularmente con su obligación de llenar las bodegas de los paquetes; volcarse en las playas rioplatenses; sembrar las chacras y edificarse la casa propia en suburbios que ahora son centro.

Y hacían también otras cosas más útiles que trabajar con las m a n o s y la camiseta sudada. Mientras la Gente Decente —los oficialistas y los opositores— se apartaban de la Iglesia dóciles a las directivas de las Logias, los quinteros y albañiles italianos enviaban el hijo preferido al Seminario para mantener la Fe en un país todavía católico; los padres de Ricchieri educaban al incorruptible militar; Peuser fundaba industrias; Groussac escribía sin floripondios y el genovés Viale, con ánimo de "gentiluomo", daba la vida por salvar la de una descendiente de Juan de Garay. No es, por cierto, a los gringos a los que podemos imputarles la supervivencia de "South America".

Gringos excelentes; a veces tan buenos como los mejores criollos de la G. D. y a menudo mejores que los peores criollos de la C. N. El gobierno y los tratadistas hubiesen querido que todos fueran herejes o judíos, (o sea de los vinculados a la Masonería) pero llegaron poquísimos protestantes; y de los otros apenas los que formaron las primeras colonias alrededor de Junín y Lavalle. Porque los italianos eran los que persistían en tomar sus billetitos de tercera sin enterarse de lo que escribían Sarmiento ni Alberdi; y a pesar de las "Unione y Benevolenza" llegaban de la aldea, donde hacía unos diez y siete siglos que el cura párroco les inculcaba la moral cristiana, imbuídos de disciplina para el trabajo, de vocación para la vida de familia y de respeto por las jerarquías, y dispuestos a continuar su culto a la Madonna del Carmine.

Pero aunque hubiesen sido santos con halo y todo, me temo que forzosamente n o s ocurriría con ellos lo que con el viejo cuento de los gatos: ¿Un gatito? Una monada; tan zalamero, frágil y gracioso. ¿Dos gatitos? Es encantador verlos jugar entre sí. ¿Tres gatitos? Todavía nos divertimos. Pero la casa llena de gatitos que se suben a la mesa; que se mean en la sala y se duermen en nuestra almohada: ¡Un horror!

Y después está el caso de la resaca de la ola inmigratoria, *"but that is another story"*.

Sila Zumalacárregui

ITASLAV NIJINSKY

Itaslav Nijinsky ha muerto en Londres. Retirado de la escena desde 1919 debido a la pérdida de la razón, muere en el momento en que comenzaba lentamente a recuperar su arte. Como testimonio de "admiración y piedad" ofrecemos a nuestros lectores la impresión que el gran bailarín dejara sobre el alma de Paul Claudel cuando lo viera actuar en Río de Janeiro. Del artículo de P. Claudel incluído en Positions et Propositions, *sólo transcribimos los párrafos más importantes.*

. . .Nijinsky apareció.

He sentido siempre poco gusto, tanto por el arte convencional del ballet tal como se practica a veces con una perfección estúpida sobre muchos tablados subvencionados, o por la siniestra Pavlova, como por las proezas de los cantores y de los violinistas. La belleza es una cosa rara de alcanzar cuando se la busca. Es natural que los falsos artistas, irritados contra el capricho y la divina gratuidad de la inspiración, busquen reemplazarla por la práctica supersticiosa de una receta y por ese trabajo encarnizado al que el labio chocarrero del Janus latino otorga el título de *improbus*. Pero no se gana la corona de Francia rompiendo piedras y el mérito jamás merecerá la gracia. Yo era por lo tanto uno de aquellos que no apreciaron otra danza que la del Oriente, en la que los pies raras veces abandonan la tierra, y que es —ya un discurso donde la frase partiendo del nudo central de los músculos y de las vísceras y dirigiéndose con el cuerpo que gira a todos los puntos de una circunferencia se despliega a través de las articulaciones hasta las extremas falanges, la lenta exposición o por el contrario, la deflagración instantánea de un movimiento completo— ya la infatigable respuesta de la aparición, a un verso cien veces por la flauta y el tambor retomado y repetido.

Nijinsky aportaba otra cosa, ¡los pies por fin abandonaron la tierra. Aportaba el "bote" [1], vale decir, la victoria de la respiración sobre el peso. Como el cantor o el actor no hacen más que amplificar por el movimiento de sus brazos la ascensión del pecho solevado que se llena de aire, de igual manera la inspiración del bailarín, y este impulso de nuestro deseo hacia la vida es bastante fuerte para separarlo del suelo que ya no es sino un trampolín triunfalmente hollado bajo sus pies. ¡Es la posesión del cuerpo por el espíritu y el empleo del animal por el alma, todavía, todavía, y de nuevo, y todavía una vez, lánzate, gran pájaro, al encuentro de una sublime derrota! Vuelve a caer, a la manera de un rey que desciende, y de nuevo se lanza como un águila y como una flecha disparada por su propia ballesta. ¡El alma por un segundo conduce al cuerpo, este ropaje se ha vuelto llama y la materia se ha mudado en transporte y grito! Recorre la escena como el relámpago y apenas se ha apartado, retorna sobre nosotros como el rayo. ¡Es la gran creatura humana en estado lírico! Vuelve a pintar nuestras pasiones en el lienzo de la eternidad, retoma cada uno de nuestros movimientos más profanados, como Virgilio nuestras palabras y nuestras imágenes, y los transporta al mundo bienaventurado de la inteligencia, de la potencia y del éter. . .

Una vez Nijinsky consintió en venir conmigo a la Legación y pude contemplarlo de cerca. Caminaba a la manera de los tigres, su andar no era el transporte de un aplomo sobre otro aplomo de una carga inerte, sino la complicidad elástica con el peso, como la del ala con el aire, de todo el aparato muscular y nervioso, de un cuerpo que no es un tronco o una estatua, sino el órgano completo de la potencia y el movimiento. ¡No había un gesto, aun pequeño, como por ejemplo cuando volvía hacia nosotros el mentón, cuando la pequeña cabeza viraba súbitamente sobre ese largo cuello, que Nijinsky no realizara en la gloria, en una vivacidad a la vez feroz y suave y en una autoridad fulminante!. . . Había una penumbra verde en el comedor y la luz del mediodía entre los cantos de las cigarras intermitentes nos llegaba oscurecida por los árboles, había una sombra verde sobre el mantel entre las compoteras y las bandejas de plata, un fulgor de esmeralda jugueteaba entre los trozos de hielo en la ensaladera de cristal. Y Nijinsky nos hablaba de ese gran trabajo que había terminado durante sus años de internación en Hungría; había encontrado el medio de escribir y anotar la danza como se hace con la música. . .

Y ahora hay un velo negro sobre el rostro del divino bailarín. Se encuentra en algún lugar de París y yo me hallo en Los Angeles y la señora Nijinsky que está sentada junto a mí en este hall de hotel me muestra extraños dibujos. Son figuras humanas y el propio retrato del gran Silfo, dibujados por trayectorias que se entrecruzan. Al encuentro y en el centro de fuerzas circulares y de torbellinos algebraicos, se yergue una cabeza hecha por una interferencia de líneas. Es como si el hombre estuviera hecho, miembros y figura, de un nudo y de un foco de movimientos que el bailarín a su alrededor distribuye y recupera: función de un número, centro embriagado, realización de un alma en la descarga de una centella.

¡Salud allá, Nijinsky, que Dios esté con tu alma oscurecida! En el umbral interdicto donde esas dos hermanas enlazadas, la admiración y la piedad, meditan y recuerdan, la plegaria puede pasar todavía.

Washington, marzo 27 de 1927.

[1] Traducimos "bond" por "bote" en lugar de "salto", que carece de la ágilidad, rapidez y facilidad exigidas por el contexto y la misma palabra francesa.

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

Dirección y Administración:

Venezuela 649 T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de
Don Domingo E. Taladriz,
San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$ 1.—
Número atrasado	„ 2.—
Colección del año 1949	„ 30.—
Suscripción anual	„ 24.—

NI BREVE NI LARGO

Unos jóvenes socios de la Acción Católica y congregantes marianos, con el propósito de hacer una obra apostólica, juntaron unos pesos y editaron en opúsculo los artículos de Alberto Ezcurra Medrano que, con el título *La Misión de María*, aparecieron en *Presencia*. Es un folleto piadoso de cuarenta páginas de 9½ cm x 13½ cm cada una. Contra este folleto se emplea a fondo Mons. Gustavo J. Franceschi, en un artículo aparecido en *Criterio* el 13-4-50 y titulado *Piedad y Prudencia*. Catorce columnas, nutridas de sabias doctrinas de Benedicto XIV, del *Dictionnaire de Théologie* de Vacant-Mangenot, de la *Civiltá Cattolica*, del Cardenal Bona, del *Praxis Confesarii* de San Alfonso María de Ligorio, y de la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino. En fin, el combate de Goliat contra David. Y como si esto no bastara, dicen por ahí que el "entourage" intelectual de Monseñor se ha puesto también en movimiento.

Cuentan que "teólogos" y "teólogas" han multiplicado sus pasos por los claustros de la ciudad en busca de infolios y han estado hurgando, en prolongadas vigilias, el repertorio copiosísimo de apariciones y visiones que presenta el historial eclesiástico —visiones de esquema reformador, religioso y político, pastoril, innovador y pasionario— y lo han puesto a disposición de Monseñor. Alguien asimismo le ha hecho llegar el reciente estudio de Carlos María Staehlin, S. J., aparecido en *Razón y Fe* de Madrid.

En círculos habitualmente bien informados se habría comentado que la peregrinación de "Criterio" a Roma no sería sino "camouflage" para ocultar el verdadero propósito de Monseñor, quien se propondría gestionar en la Curia Romana, se prive del "imprimatur" al *Breviario Romano* hasta que no se le despoje de las innumerables apariciones dudosas y falsas de que se habría plagado en las épocas "crédulas", de mucha "piedad" sin duda pero de poca o de ninguna "prudencia".

Los lectores de *Criterio*, con sobrada razón, han de haberse puesto en guardia contra los peligros que promovían estos jóvenes —piadosos sin duda pero imprudentes— peligros graves y muy graves, cuando movilizaban de tal manera toda la formidable batería de erudición de Mons. Franceschi y de su calificado "entourage".

Pero había algo más grave. Detrás de ellos aparecía un tal "Julio Meinvielle" (*sic*), quien los patrocinaba con "un breve prólogo" (*sic*).

Sabemos de algunas comunidades, donde se lee ritualmente el artículo quincenal de Mons. Franceschi, en las que no han faltado los comentarios de indignada censura contra este "Julio Meinvielle" (*sic*) que incurría en esta inexplicable imprudencia de hacer el prólogo a un tan "ligero" como peligroso folleto.

Comprendemos la justa indignación de muchos sabios y gravísimos religiosos. Pero hemos de lamentar que el frondoso saber de Monseñor Franceschi no le haya permitido percatarse de algo sumamente sencillo: de que no hay tal prólogo, ni breve, ni largo. Es una simple nota, con carácter de advertencia, que fué antepuesta a modo de copete, a los artículos de Alberto Ezcurra Medrano publicados en *Presencia*, y que decía así: "En estos momentos en que el mundo occidental continúa su proceso de desintegración y en que el bloque comunista, bajo la conducción de la Rusia Soviética, se torna más terriblemente agresivo, creemos del mayor interés recordar hechos que nos muestran "el dedo de Dios" en esta hora incierta de la humanidad. Advertimos que el juicio sobre apariciones y hechos de carácter sobrenatural que aquí se formula queda sometido a la suprema decisión de la Iglesia".

Si Mons. Gustavo J. Franceschi, en lugar de insinuar en el lector la idea de prólogo, hubiera reproducido estas palabras, habría economizado gran parte de sus habituales citas de fichero y de sus argumentaciones de enciclopedia, y habría cumplido con lo que la "prudencia", no recurramos a la "piedad" ni a la "justicia", parecía exigir en favor de "Julió Meinvielle" (*sic*), para no hacer aparecer a éste como que adjudicaba carácter sobrenatural a todas las apariciones y hechos allí consignados. Porque la mera inclusión de estas palabras implicaba que no se debía descartar que algunos de los hechos allí incluídos pudieran estar desprovistos de todo carácter sobrenatural, y, en todo caso, que no se debía atribuirles con certeza tal carácter, mientras no lo juzgase así la autoridad competente.

Y ahora, una palabra sobre la publicación del opúsculo de referencia. Nuestro distinguido colaborador, Alberto Ezcurra Medrano, nos envió el año pasado un largo artículo en el que ponía de relieve la excepcional misión que le cabe a la Virgen en esta hora del mundo. Para demostrar ésta su tesis central se apoyaba en la autoridad de San Luis Grignion de Montfort y en las apariciones autenticadas de la Medalla Milagrosa, Lourdes y Fátima. Añadía también, a modo de complemento, otras apariciones, de cuyo carácter podía dudarse aunque venían consignadas en libros aprobados por la autoridad eclesiástica. Así p. ej.: en el libro "Les apparitions de la Vierge aux XIX et XX siècles" de Omer Englebert, (Editions Casterman, 1948) que trae el "imprimatur" de Mons. G. Millot, Vicario General de Versailles, y en el Boletín eclesiástico de Guadalajara, marzo de 1948, donde se refieren las apariciones de Heede, tomadas, a su vez, de "Die Schildwache", Rossbach, Alemania, para no citar la clásica del abate Curicque, llena de aprobaciones y cartas laudatorias de los obispos de Francia.

Cualquiera fuera el valor de estas otras apariciones, complementarias y por lo mismo secundarias, y aunque pudiera discutirse el punto de vista de Ezcurra Medrano, y sobre todo, aunque algunas de sus expresiones pudieran interpretarse como induciendo a prestar fácil fe a algunos hechos, cosa que personalmente no comparto, como lo demuestra mi artículo *El caso de Chajarí*, aparecido en el número 1 de PRESENCIA, no parecía haber en aquel artículo nada abiertamente censurable, y en cambio, se ponía de relieve la misión actual de la Virgen, tan espléndidamente revelada en Fátima. Por esto, se le dió cabida en los números XXI, XXII y XXIII de PRESENCIA, precedido de las palabras más arriba transcriptas. Y nos consta que fué leído por obispos y sacerdotes, algunos de ellos excelentes teólogos y profesores de teología en Universidades Pontificias durante muchos años, y aunque, al igual que el que esto firma, podían no estar de acuerdo con todo lo que allí se decía, nada hallaron contrario a la fe y buenas costumbres.

Posteriormente, la editorial *Summa*, hizo, por su cuenta y riesgo, una edición, en opúsculo, de los artículos de Ezcurra M e d r a n o (creemos que éste no estaba informado del asunto) reproduciéndolos tal cual aparecieron en nuestra revista, pero con mi nombre en relieve al pie de aquella nota aclaratoria, a pesar de que no figuraba sino como "N. de la R." en la edición original.

De las andanzas de dicho opúsculo, bastante azarosas por lo visto, y al parecer concurriendo mi nombre en la causa de dichos azares, —no en vano escribió Max Scheler su conocido libro sobre el resentimiento— no nos hemos querido ocupar por ser asunto que no nos correspondía. No es que pretendamos desligarnos de responsabilidad. Sólo queremos aclarar hasta dónde ésta llega. Y aquí baste destacar, y por esto lo reiteramos, que el "breve prólogo" de que habla Mons. Franceschi, por mucho que pueda preocuparle, no es tal prólogo, ni breve, ni largo.

JULIO MEINVIELLE

TRECE ANGELITOS

Un amigo de Montevideo nos remite muy en serio una esquela que dice así:

"Nombres de quienes se querría " saber qué orientaciones religio- " sas o irreligiosas tienen; en con- " creto, si son masones.

" Nicolás Repetto, Luciano Mo- " linas, Santiago Nudelman, Juan " A. Solari, Américo Ghioldi, Raúl " Migone, Silvano Santander, Cé- " sar Barros Hurtado, Francisco " Pena, Carlos Sánchez Viamonte, " Antonio B. Toledo, Luis Koif- " mann, Rudecindo Martínez.

"Son trece que figuran en el " *Consejo General* de las Autori- " dades Provisionales de la *Junta* " *Americana de Defensa de la De-* " *mocracia* como representantes de " la Argentina en la D. A. D."

En carta aparte, el amigo de Montevideo, nos transcribe la *Primera Declaración a los pueblos de América* que divulgó esta *Junta Americana de Defensa de la Democracia*. Dice así:

"Nos hallamos, evidentemente, " ante una conspiración de fuer- " zas totalitarias y ultraderechis- " tas que cumplen un plan metó- " dico e inexorable. La intoleran- " cia religiosa, los prejuicios ra- " ciales, la supervivencia de viejos " privilegios económicos y el es- " píritu bélico de las castas mili- " tares prusianas, son la secuela " fatal de esos movimientos gesta- " dos en las sombras de los cuar- " teles y de los clanes chauvinis- " tas...".

No hace falta que advirtamos que con estos trece angelitos que califican a Franco de "criminal escapado de los tribunales de Nuremberg" están enganchados algunas primeras figuras del laicado católico de la vecina orilla.

DIN

SUMARIO

PRESENCIA: Totalitaria. — Prensa libre. — FERMÍN CHÁVEZ: Hombre del litoral. — SILA ZUMALACÁRREGUI: Pro y contra del gringo. — ENRIQUE HERRERA ORÍA, S. J.: Enseñanza religiosa. — AUGUSTO FALCIOLA: Soneto. — JULIO MEINVIELLE: Ni breve ni largo. — DIN: Trece angelitos. — TRANSCRIPCIONES: El discurso del Papa. — Itaslav Nijinsky. — Sobre táctica. — Dibujos de BALLESTER PEÑA.

BUENOS AIRES, VIERNES 28 DE ABRIL DE 1950, AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN.

CORREO ARGENTINO
Central
Franqueo Pagado
Concesión Nº 4880
Tarifa Reducida
Concesión Nº 4045